

EL XXXII CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL (BUENOS AIRES)

(Continuación)

La Comunión de los niños

Al trasladarnos tan rápidamente de la "Entrada en la ciudad del Legado Pontificio", a un acto como "La Comunión de los niños", que ni siquiera pertenece a las asambleas generales, el lector recordará que el objeto de estas líneas no es describir los acontecimientos, sino llamar debidamente la atención sobre su valor religioso y teológico (1).

Pues hay que saber que esta Comunión de niños fué en su género un acto que superó a todos los que se contienen en los anales de la piedad cristiana, una de las notas más vibrantes de tan grandes solemnidades.

Se reunieron simplemente para comulgar junto al gran monumento de Palermo, en un día magnífico primaveral, *ciento siete mil* (107.000) niños de ambos sexos, cifra muy bien calculada, por la circunstancia de haberse tenido que pensar mucho en tan gran cantidad,

(1) Omíttimos por brevedad aún la apertura oficial del Congreso. Nos basta decir de la misma, que conservó la debida proporción con la sin par manifestación católica, y concentraciones de grandes masas, que anteriormente anotamos a propósito de la entrada del Legado. Para persuadirse de que las cosas prosiguieron en el primer día del Congreso a la altura que se colocaron en el anterior con la recepción, será muy oportuno saber que en una conversación telefónica que el Legado tuvo a las 13'10 del segundo día del Congreso con los subsecretarios de Estado de S. Santidad, atestiguó que los que atribuyen grandiosidad hasta ahora nunca superada a los actos de este Congreso, están sin duda en lo cierto. Del programa del día de apertura (10 octubre), sólo transcribiremos el apartado que dice: Por la tarde: Confesiones de niñas y niños en todas las iglesias.

y haberse tenido medios de controlarla, entrando los niños en aquel inmenso campo de acción por agrupaciones bien contadas.

Desde muchos meses antes, el problema de llevar los niños en la mayor cantidad posible preocupaba al Comité Ejecutivo; y la Comisión de Transportes tenía en la movilización de ese mundo infantil el objeto de estudio que más le intrigaba, pareciendo en ocasiones que el problema no tenía solución (1). Se formó una junta especial de eclesiásticos distinguidos, de directores de colegios, para preparar el acto, la *Comisión de Concentración Infantil*. Presidente, R. P. Borgatti, S. S. Primero, estudiado el número de niños de los colegios religiosos que se ofrecían a llevarlos, se encontró que se podía bien contar con 58.000 niños, y se pensó que aún llegarían a 60.000, y así se anunció (2). Más adelante entre los iniciados en la gran preparación se fué extremando el número que ya fué 80.000, y aún 85.000, pero ni a última hora se pasó de ahí en los cálculos. Aún el mismo día 11 de octubre se estampaba en revistas nada tímidas en el uso de hipérboles, que la cifra subiría a más de 60.000.

Era manifiesto que los tranvías, ómnibus y metro no bastaban para transportar con la necesaria rapidez tal masa de niños, como la que debía partir simultáneamente de todos los ángulos de la metrópoli. Pero se echó mano de las populares "bañaderas", de camiones inmensos ofrecidos por las casas de comercio, de automóviles particulares, de los carros de conducción de la Municipalidad de la capital, de pequeñas camionetas de reparto, etc., etc. Próximas ya las ocho, hora en que iba a celebrarse la ceremonia, el entorpecimiento de las avenidas que desembocan en Palermo, amenazaba devenir crítico, a pesar del oportuno desvío a tiempo de las corrientes del tráfico hacia otras arterias más alejadas del centro de concentración. De suerte,

(1) Es cierto que hubo aún entre personas celosas verdadero pesimismo que les hacía negar que fuese posible concentrar en un punto tan gran multitud sin grave perjuicio de los agraciados. Los hechos probaron cuán vanas eran esas aprensiones.

(2) Fué peculiar la diligencia con que, no bien se pusieron tan lindos planes, una gran confitería, la casa Saint Hnos., se ofreció a dar gratis, distribuyéndola ella misma, a todos los niños en sus puestos en Palermo, una tacita de chocolate caliente a cada uno de los niños, entrando en seguida en el cálculo repartir 70.000 tacitas. Creciendo el número de niños tuvieron que multiplicarse también las tacitas. Los Cardenales celebrantes de las Misas de Comunión quisieron acompañar a los niños en aquel desayuno tan bien ideado.

que las interminables caravanas de tranvías y automóviles detenidos se prolongaban en muchos sentidos en hileras de muchos centenares de metros. Pero, a pesar de los momentos de angustia para los conductores, el orden fué admirable.

Las cuatro caras del gran prisma que constituía el brazo vertical de la Cruz de Palermo, contenían los cuatro altares, donde cuatro cardenales iban a celebrar a un tiempo la santa misa. Cada una de las amplias mesas de estos altares, litúrgicamente decorados, ostentaba multitud de dorados copones llenos de hostias que consagrar. Muchas religiosas habían estado ocupadas los postreros días de la preparación del Congreso en confeccionar la grandísima cantidad de hostias que convenía tener preparadas para las comuniones generales de chicos y grandes.

Momentos antes de las ocho hizo su entrada en aquel inmenso escenario, en representación del Poder Ejecutivo, el ministro de Justicia e Instrucción Pública, Dr. Manuel de Iriondo.

Al iniciarse el Santo Sacrificio en las cuatro caras del monumento, el coro de quinientas voces (1) entonó como introducción al gran homenaje de la niñez a la Eucaristía, "Cantemos al Amor de los amores" (2), y sus notas de mágico efecto llenaron los ámbitos de Palermo de unción profundamente sentida por todo aquel pueblo infantil.

La distribución de la Eucaristía

Poco después que la Radio anunciaba que 260 (doscientos sesenta) sacerdotes estaban encargados de distribuir a los niños las formas

(1) Este coro constaba, en efecto, de quinientas voces escogidas de entre muchas *scholae cantorum*, de seminarios e iglesias. Formaba una entidad fija y constante en todos los actos de conjunto del Congreso. Tenía en Palermo su sitial propio, escalonado, construído junto a la gran Cruz, adaptado para que todo el coro, en unión de muchos elementos de la Banda municipal y de un mediófono, estuviesen siempre aplicados al micrófono. Por los megáfonos distribuídos además del parque de Palermo, por lo más céntrico de la ciudad, este coro contribuyó meritoriamente al radiante esplendor de tamañas fiestas.

(2) Himno del Congreso Eucarístico de Madrid, 1911, que por su tan sentida inspiración eucarística se ha venido usando a la par del propio de este Congreso de Buenos Aires, tanto en las incontables fiestas preparatorias, como en las mismas del Congreso, particularmente en la inmensa procesión de Clausura.

consagradas, descendían los ministros del altar por las cuatro escalinatas del monumento con sus copones cubiertos por purificadores para que el viento no llevase alguna hostia. Seguidos de sus respectivos acólitos se acercan a los niños, que están en sincero recogimiento bajo la impresión de la grandiosa solemnidad. A un mismo tiempo inician la Comunión los cuatro Cardenales en la plataforma del Monumento, y numerosos sacerdotes por todo el gran círculo de las bancadas que lo rodean. Numerosos automóviles puestos a disposición por sus propietarios para conducir sacerdotes a los grupos de niños más distantes, desfilan en ese instante por las avenidas, llevando cada uno en su interior dos sacerdotes o diáconos con sus copones de hostias consagradas en las manos, y sus respectivos ayudantes.

El número exorbitante de 107.000 que comulgaron, y se ha anunciado en todos los periódicos, es del todo digno de crédito, según el mismo presidente de la Comisión de Concentración Infantil. Más aún: se procuró que a la misma hora, las ocho del 11 de octubre, comulgasen en toda la República Argentina aun los niños que no habían podido acudir a Buenos Aires. Se han recibido ya los testimonios de 40.000 comuniones de niños fuera de la capital a dicha hora.

La espiritualidad de la preparación para tan grande ostentación de catolicismo es bien palmaria por las fiestas eucarísticas que venían celebrándose en todos los colegios, y se acentúa más con los obsequios a Jesús Sacramentado ofrecidos anteriormente por los niños, que alcanzaron la enorme suma de 730 millones. Mensualmente se repartían entre los niños unas hojas con el título: *Cruzada Eucarística*, para estimularlos y facilitarles el cálculo de esos obsequios. Su recuento se puso durante la Misa de Comunión sobre las aras de los Cardenales celebrantes; y el día de la Clausura, debajo de la custodia que tenía en sus manos el Cardenal Legado.

Todos aquellos niños pidieron a Su Santidad que se constituyesen patronos especiales de los comuniones de los niños en los Congresos Eucarísticos la Beata Imelda, y el joven Domingo Savio, muerto en olor de santidad, cuya causa de beatificación se está tramitando.

La comunión apenas duró media hora, gracias al crecido número de sacerdotes presentes, superior al fijado, para distribuirla, y al de los copones. Se dió el caso de ir repartiéndola tres sacerdotes de un mismo copón, partiendo las hostias en trocitos porque no alcanzaban.

Apenas ha terminado la Comunión, cuando se levantan hasta dos mil niños, que en cuatro grupos de quinientos suben al monumento

hacia los cuatro altares por sus respectivas escalinatas. Ostentan en sus manos la ofrenda: uvas en canastillos y espigas de trigo que depositan en el altar.

Presencia el acto el Cardenal Pacelli

No entraba en el programa que el Legado Pontificio asistiera a la Comunión de los niños. Pero habiendo tenido noticia del extraordinario espectáculo, expresó el deseo de contemplarlo (1). En un automóvil, acompañado por el general Martínez Pita y calificados sacerdotes, llegó a Palermo entrando en la Avenida Alvarez por el sector Este, en medio de la doble fila de bancos, totalmente ocupada por niños que habían comulgado, y que en aquellos instantes entonaban las estrofas del himno nacional. Al paso del Cardenal Pacelli alzaronse millares y millares de banderitas con los colores nacionales y pontificios, llenando los espacios un intenso clamoreo. El espectáculo, por su sencillez y la espontaneidad de quienes lo daban, llenó de emoción al Legado Pontificio, que iba impartiendo bendiciones.

El aplauso cerrado fué corriéndose por todos los sectores, hasta que el representante de Su Santidad llegó a la gran plataforma de la inmensa cruz. Desde allí bendijo a todos los presentes, y luego quiso recorrer todos los alrededores de Palermo. Empezó a pie acompañado por sus ayudantes y un grupo de prelados, pero a instancias de aquéllos tuvo que ocupar su automóvil, y lentamente fué recorriendo los largos callejones de la zona limitada para los espectáculos, siempre en medio del más intenso clamoreo y del nervioso agitarse de manecitas, símbolo del entusiasmo y admiración hacia el ilustre representante de la Iglesia Católica Romana.

Para reflejar en lo posible la impresión que causó en el Legado del Papa aquella excepcional, y ciertamente única concentración infantil, hay que repetir lo que él dijo: —*Esto es el paraíso*—. Y por las mejillas de su enjuto rostro viéronse pasar rodando dos lágrimas.

La Comunión de los hombres

La de los niños fué un idilio encantador, muy humano en su pre-

(1) Extractamos de *La Nación* (n. 22.693, págs. 3 y 4).

paración y en su perfecto desarrollo en que todo estaba prevenido (1); la Comunión de los hombres fué un triunfo divino que no tiene suficiente explicación si no se cuenta con la Providencia sobrenatural que mueve los corazones de los hombres.

Por julio, según la agencia A. P. I. (Boletín, núm. 13), se planeaba esta comunión de esta suerte. Un número de gran emoción será el desfile a realizarse de noche por el centro de la ciudad, por hombres, divididos por naciones, con sus Prelados al frente, desde la Plaza llamada del Congreso hasta la histórica plaza de Mayo, frente a la cual se levantan la Casa de Gobierno, la Catedral de Buenos Aires, el edificio del Histórico Cabildo, la Intendencia Municipal y otros edificios públicos. En esta plaza, a la que llegarán los manifestantes a medianoche, se oficiará a esa hora la misa de Comunión general de hombres, y doscientos sacerdotes distribuirán al mismo tiempo la Sagrada Comunión. Concluída la misa, en la Catedral de Buenos Aires se hará la Adoración Nocturna hasta la mañana siguiente.

Así se delineaba el plan tres meses antes de su ejecución, pero al día siguiente del hecho, *La Nación* (n. 22.693, p. 6), lo resumía en estos términos: "Si la Plaza de Mayo hubiera conservado su antiguo nombre, habría reflejado con toda exactitud el sentido del acto eucarístico que pareció congregar en el inmenso altar de la medianoche, a todos los hombres del mundo. Era aquélla, en efecto, la plaza de la *Victoria*. De la victoria de la fe, de la victoria de la paz, que elevaba a todo un pueblo en las alas imponderables del espíritu. La palabra no alcanzará a reflejar jamás toda la augusta imponencia de la ceremonia" (2).

(1) Para hacerse cargo de la exactitud de las palabras del texto, habría que pasar la vista por el cuaderno impreso de "Instrucciones", dado a cuantos intervenían en el espléndido acto.

(2) El Sr. Obispo de Namur, que por su cargo de presidente de los Congresos **Eucarísticos internacionales** desde hace treinta años es quien puede formular con más garantías de exactitud un juicio sobre la novedad de esta concentración nocturna, terminado el Congreso comunicó a *La Nación* sus impresiones sobre este hecho, poniéndolo desde luego a la cabeza de los tres recuerdos de cosas nuevas que ha presenciado en el Congreso de Buenos Aires. Pero después que hubo mencionado las tres, añade el cronista: "Su voz se hace más grave cuando nos dice que la concentración de hombres en la plaza del Congreso, su desfile por la Avenida y su comunión en la Plaza de Mayo, son una afirmación de la realeza de Cristo en las ciudades modernas. Asegura que ja-

Pero el relator de los planes, tres meses antes tuvo presentimientos de lo que iba a suceder, pues dijo: "Será un espectáculo nunca visto en Buenos Aires, y acaso nunca en el mundo se habrán visto tantos hombres reunidos, doblando sus rodillas para tributar adoración a Dios." Entonces no se prestó fe a estos presentimientos, como lo atestigua con su experiencia personal quien esto suscribe: mas ahora, maravillado del hecho, exclama: ¡Qué inspirados y santos optimismos fueron aquellos presagios!

El desfile de los hombres

Merced a la grandiosa organización del Congreso Eucarístico Internacional, a las 22 del día 11 de octubre se habían congregado en la plaza del Congreso de la nación todas las agrupaciones católicas de hombres y jóvenes existentes en Buenos Aires, llenándola por completo, con derivaciones en las bocacalles laterales. A las 22'15 aquella mole comenzó a moverse lentamente con rumbo a Plaza de Mayo, esto es, por la Avenida de Mayo.

La columna (*La Nación*, l. c., col. 6), con banderas argentinas y pontificias rompió la marcha encabezada por los componentes del Comité Ejecutivo del Congreso Eucarístico, las comisiones directivas de las secciones nacionales de hombres y jóvenes del mismo Congreso, y las Juntas nacional y arquidiocesana del Ateneo Católico Argentino. A continuación, y mientras por el lado Norte de la Avenida de Mayo entraban los delegados extranjeros, sobre el lado Sur lo hacían simultáneamente las que se hallaban hacia el lado de la calle Victoria. En las delegaciones extranjeras, que llevaban a la cabeza las banderas de los países que representaban, se vió desfilir el grupo representativo de las colectividades española, paraguaya, peruana, chilena, inglesa y norteamericana, yugoeslava, uruguaya, que formaba un contingente con-

más ha visto nada igual, y que la comunión de esos hombres en las calles de Buenos Aires había llenado de júbilo su espíritu." "He visto grandes masas de hombres de todas las edades y condiciones sociales acercarse al altar para recibir de manos de los sacerdotes la Hostia Santa, pero nunca he asistido al cuadro de alta significación moral que ha brindado la ciudad de Buenos Aires en las calles." Y el Cardenal de Lisboa atestigua que de los numerosos actos a que ha asistido, si bien el de la comunión de los niños le emocionó hondamente por su tierno significado, la extraordinaria concentración nocturna de hombres en la Plaza de Mayo fué el que más le impresionó.

siderable, y en orden sucesivo puede decirse que las de todos los países del mundo. Las delegaciones del interior, que componían un número apreciable, se hallaban encabezadas por la de la provincia de Córdoba, al frente de la cual marchaba el Obispo de dicha diócesis.

A las 24 todavía había secciones que habían podido entrar en la Avenida de Mayo. Tomados de los brazos, en filas de doce hombres, aproximadamente, aguardaban su turno e iban avanzando a esa confluencia de dos ríos humanos, que era el cruce de la calle Saenz Peña.

El desfile tuvo un éxito inesperado, que hubiese podido deslustrar la fiesta, y sin embargo, fué el gran triunfo de la Religión. Consistió en que los que parecían meros curiosos superaron a los del cortejo o columna de agrupaciones definidas que descendían de la plaza del Congreso, e hicieron desaparecer el primer aspecto del desfile para quedar todos confundidos en una sola masa ingente, tanto los de la Plaza de Mayo, como los de la Avenida del mismo nombre, los que desembocaban por las dos Diagonales que allí terminan, más cuantos aflúan por las otras seis u ocho calles que dan acceso a la misma histórica plaza.

Para comprender cómo a pesar de esa aparente confusión pudo mantenerse el orden en aquel formidable ejército de hombres, que se habían dirigido allí en ejercicio de su más legítima libertad, la libertad de conciencia, hay que presuponer, aparte del hecho manifiesto, del civismo levantado del pueblo argentino, que los megáfonos distribuídos por la Plaza y Avenida de Mayo propalaban con absoluta claridad las órdenes que se daban en la misma Avenida, y la estación transmisora ambulante que emplazó el Comité de Prensa del Congreso Eucarístico. Los diarios hablan maravillados de la obediencia del público. *La Nación*, tras la afirmación de que aquella noche centenares de miles de hombres doblaron la rodilla para recibir al divino Redentor, concluyó que la fiesta de la Eucaristía fué por igual fiesta de cultura y de orden.

Y tan pasmoso panorama de fe religiosa de cultura y de orden tenía por marco otro espectáculo esplendoroso que lo integraba. En todos los balcones, colmados de personas hasta en los pisos más altos, entre los colores pontificios y argentinos, los escudos eucarísticos innumerables, las polícromas guirnaldas luminosas, las banderas de todo los países, una sola voz eran todas las voces unidas, Partía la Plaza de Mayo, prolongándose vigoroso en los altavoces, el vitor a la Eucaristía, al dulce nombre de Jesús, a su Vicario en la tierra, al Le-

gado Pontificio, a la patria argentina, y en todas partes con majestad resonaba el "Viva" solemne, magnífico, inmenso.

Las confesiones sacramentales

Hay que suponer que los hombres que formaron la gran columna compuesta de asociaciones más o menos marcadamente piadosas, pero siempre católicas de profesión, se habían prevenido con la confesión para poder comulgar en la Plaza de Mayo. El objetivo de aquel desfile era la Comunión general de los hombres.

Según consta por el Programa Oficial del Congreso Eucarístico: Por la noche (del domingo, 7 de octubre), comienza el solemne Triduo, dedicado exclusivamente a caballeros y jóvenes (*en todos los templos de la República*), con exposición del Santísimo Sacramento, sermón, rezo de la plegaria por el éxito del Congreso y bendición solemne con Su Divina Majestad. *La Misa de Comunión general de caballeros y jóvenes tendrá lugar en la Plaza de Mayo, el jueves, 11 de octubre, a las 24 horas.*

Por consiguiente, en cualquiera iglesia en que radicasen las asociaciones, éstas concurrían al acto como hubiesen concurrido a sus propias iglesias, y bien advertidos sus miembros de que habían tenido que prevenirse para la Comunión.

Bien dijo el secretario de la Junta Internacional de los Congresos Eucarísticos, R. P. Boubée, en un reportaje al diario *El Pueblo*, que "la preparación para esta noche ha sido hecha con fe, con convicción religiosa, pues en todas las iglesias ha habido confesiones numerosísimas"; pero añadió describiendo el velo acerca de lo que vamos a decir: "Y no solamente en las iglesias, sino que estando yo en el Alvear Palace Hotel (que fué aquellos días sede del Comité Ejecutivo del Congreso), han sido muchos los caballeros que me solocitaron para reconciliarse para la Comunión de esta noche, debiendo ocuparme largo rato en el ejercicio de mi sagrado ministerio."

En realidad las confesiones habían tenido lugar en las iglesias en número fantástico. El día 11 en todas había confesores extraordinarios. En la parroquia de San Carlos (Padres Salesianos), habían estado catorce sacerdotes desde las primeras horas de la mañana, turnándose con otros que no eran de la comunidad para poder continuar todo el día, privándose a la mañana de ir a presenciar la Comunión de los niños, de cuyo éxito podían aquellos Padres tener los más cier-

tos augurios por tener en casa al R. P. Borgatti, presidente de la Comisión especial. En la iglesia del Salvador (Padres Jesuítas), funcionaron aquella tarde hasta las diez de la noche veintinueve sacerdotes confesando a solos hombres. Dos de los confesores eran obispos. De una parroquia se cuenta que los hombres que en ella se querían confesar hacían cola hasta la calle. En la basílica de San Francisco, a cien metros de la Plaza de Mayo, continuaron confesando ocho sacerdotes hasta las tres de la madrugada del 12. En la Catedral hubiese sido muy difícil de contar un momento dado cuántos eran los sacerdotes que actuaban, porque se instalaban para su ministerio en cualquier ángulo, o en los sitios más patentes. En la sacristía, a las 22, a las 23 y a las 24, éramos al menos cinco o seis (1).

Conversiones a Dios

Y aquí viene lo sublime, lo sobrenatural, el milagro de la gracia de aquella noche memorable. *La Nación* (l. c.) comunica que, “quienes no tuvieron tiempo de acercarse al sacerdote por la tarde para confesarse, y aquellos que impulsados por el magnífico ejemplo que por doquier brotaba, decidieron a última hora unirse a las largas filas de comulgantes, hallaron en los presbíteros diseminados en la Plaza de Mayo centenares de confesores prestos a aliviarlos. Sucediéronse así en los bancos de piedra, al pie de las palmeras, junto a los altares improvisados, o en plena marcha numerosos cuadritos de una honda emoción. Formábanlos los sacerdotes y hombres que, doblada la cabeza, desgranaban en voz baja el pesado rosario de sus culpas”... “Y esas escenas se prolongaban en la Avenida de Mayo y en las calles adyacentes”... “Cuando la brisa agitaba el follaje, parecía que el murmullo de las hojas llevaba y traía sobre los millares de fieles las palabras rituales que todo lo perdonan: *Ego te absolvo*”...

A medianoche los megáfonos anunciaban que en toda aquella extensión trescientos sacerdotes estaban facultados para recibir de los fieles que aún no lo habían hecho. Entretanto los ministros del altar que mejor se habían dado cuenta de la situación, que comprendían

(1) Sabemos de un venerable sacerdote que en uno de los barrios extremos de la ciudad por aquellos días tenía a diario doce horas de ocupación en el confesonario.

que todos aquellos hombres allí congregados en tan grandes masas iban llevados de las mejores gracias de internas inspiraciones, se intercaban por doquiera, y no tenían que hacer más que un signo, o decir una palabra al primer desconocido con quien topaba su mirada, o acercarse a los que ya les llamaban para empezar a cumplir con su divina misión de perdonar los pecados y reconciliar con Dios. Y esto durante horas en público.

Sabemos de un amigo sacerdote que se sentó en el peldaño de una acera y se encontró con un hombre arrodillado a cada lado, más otro enfrente que iban a confesarse poco menos que a la vez. Se habla de confesiones en aquel punto en bares y barberías, sirviendo de tribunal de la Penitencia los sillones de los que se afeitan. Momentos después de medianoche llegábamos a uno de los altares de Plaza de Mayo, y vimos con estupor que por un lado había tres sacerdotes sentados en la tarima con sus respectivos penitentes pegados a sus oídos, y por todas partes se veía empezar el acto sacramental.

La convicción de que hubo innumerables conversiones es generalísima entre las personas que se habían interesado por aquel acto. Se oyen relatar sin término casos de caballeros que volvieron a la recepción de los Sacramentos que habían abandonado o que nunca habían practicado (1).

Se trata en especial de tantísima confesión que sólo por el lugar en que se celebraba, traicionaba al mismo confesado, demostrando que tal acto estaba fuera de sus usos, porque los que tenían costumbre habían ido de antemano a las iglesias, y no iban a dejarla para hacerla por vana ostentación como por necesidad del momento. Además se trata en muchos casos de hombres a quienes el confesor al verlo en expectativa invitaba, porque la falta de uso hacía que fuese muy visible que no sabían cómo presentarse y salir del paso (2).

(1) La mina más abundante para esas relaciones son los Colegios de Religiosas, a las que sus niñas, con gran candor, cuentan como propios triunfos, y lo son tan espléndidos, las confesiones y comuniones de sus más allegados. Recordamos haber oído que una niña contaba que habían tomado parte en la fiesta nocturna veintiséis parientes suyos. Ni faltan las que quedaron afligidas por no haber aún podido triunfar.

(2) Como un caso típico de esas vagas dificultades a veces vencidas y a veces no, y que muestra cómo estaban a la orden del día las conversiones en esa fecha memorable, podemos aseverar que a la mañana siguiente el portero del

Por todo lo cual no será exagerado reducir el hecho a esta fórmula que sorprende: *Aquella noche de la Comunión de los hombres en el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires hubo conversiones en masa.*

Ayuda a poner de relieve este milagro tan desacostumbrado de la divina gracia, la nota armoniosa de que venían esas grandes cantidades de sujetos movidos interiormente con la docilidad pintada en sus semblantes, la cual se reflejaba en el orden que mantenían en sus movimientos, siguiendo la voz de mando que resonaba en las alturas por los altoparlantes.

Este orden admirable viene atestiguando por quien lo experimentó en el momento más apurado que fué el de la fusión de la avalancha de curiosos con la columna que venía de la plaza del Congreso, formada por las asociaciones piadosas. Dice así Mons. Gustavo Franceschi (*Criterio*, n. 346, p. 218): "En la procesión de clausura Mons. Napal ha manejado sin inconvenientes millón y medio de personas, y durante la noche del jueves (11 a 12 octubre), bastó al que suscribe, ante un avance al parecer incontenible del público sobre los altares, y sin tener a la vista más que un agente de policía, dar por micrófono muy pocas indicaciones para que la enorme masa se detuviera, canalizara y conservara el orden más perfecto."

En seguida nos sorprendió a muchos sacerdotes la seguridad con que marchábamos de frente a la multitud, ocupadas las manos con el Sacramento, impartiendo la Comunión, sólo atentos a proceder con todo el recogimiento que el acto requería, sin sufrir los codazos y empujones que parecían inevitables.

El acto de la Comunión

Escenas de emoción fueron las de aquella noche. Si el XXXII Congreso Eucarístico Internacional no hubiese tenido otras grandiosas manifestaciones de fe y extraordinarias expresiones de fervor religioso, bastaría aún por sí solo aquel acto para justificar el largo viaje de las peregrinaciones que el mundo católico ha enviado a Buenos Aires desde las más lejanas latitudes.

Colegio del Salvador nos invitaba a que arreglásemos los papeles de un hombre de unos cuarenta años que se le había presentado para que le ayudase a salir de dudas sobre si había o no hecho la primera comunión, y por esa confusión no sabía cómo empezar.

“La comunión de los hombres adquirió proporciones tan extraordinarias, que quizá no hubieran podido imaginarse jamás”, exclama con plena intuición del acto el cronista de *La Nación*. Y tras muchísima información, sintetiza así: “Fué la comunión de todos en un número inmenso.”

Sobre los extremos del jardín que rodea la base de la Pirámide del centro de la Plaza de Mayo se habían levantado cuatro altares. Uno daba frente por frente a la Casa de Gobierno; los otros tres miraban otras tantas calles. Los trescientos sacerdotes y diáconos dispuestos a impartir el Sacramento se habían distribuído automáticamente en cantidad equivalente en los cuatro altares, atendiendo a los copones que cubrían las masas de altares, y estando prevenido que tenían que ir a buscar a los fieles que quisiesen comulgar, sin acercarse éstos a los altares, por ser esto imposible en medio de aquel desbordamiento de público.

A partir de medianoche rezaron la misa en su respectivo altar los Arzobispos de Santiago de Chile, de Montevideo, de Asunción del Paraguay y de Sucre de Bolivia.

Procesión de copones

A medianoche en punto salía de la Catedral una procesión del Santísimo pocas veces vista. Dieciocho sacerdotes recogíamos veinte copones llenos de hostias consagradas (dos de ellos tuvieron que tomar uno en cada mano) de un sagrario improvisado detrás del altar del Sacramento de la Catedral. Habían sido llevados allí de diversas iglesias para aquella noche. Como no podíamos atravesar por el interior del templo a causa del gentío, por la sacristía pasábamos al palacio arzobispal y salíamos a la gran Plaza de Mayo, servidos por muy atentos policías que nos abrían paso por entre la muchedumbre que pugnaba por acercarse lo más posible a los altares. Aquellos copones, que no necesitaron consagrarse, eran una minoría insignificante con respecto a los que en los altares aguardaban la consagración.

Entretanto, el espectáculo que desde aquel centro de la gran solemnidad se ofrecía a nuestros ojos era emocionante en extremo. La inmensa plaza, llena de gente, muy visible por el desnivel hacia la Avenida y las Diagonales. La iluminación fantástica, transformaba la noche en día, con maravillosa variedad de colores. Los balcones, como racimos humanos, vitoreando y aplaudiendo y señalándose en ellos el

predominio de la mujer, pues se excluía de la Plaza y avenidas próximas. Mas sobre el estrépito de los vítores y aplausos se cernía la elocuente palabra de distinguidos eclesiásticos que lo dominaban todo por los altoparlantes, ora dando voces de mando para mantener el orden como lo mantenían, ora dirigiendo patéticamente el rezo y las plegarias de cuantos ya comulgaban o iban a comulgar.

Pues en aquellos momentos presintióse la dificultad de que alcanzasen las hostias, porque la visión de las muchedumbres sobrepujaba tan enormemente toda expectativa; el presidente de la Comisión Litúrgica, presbítero Dr. Las Neves, andaba avisando a los sacerdotes que partiesen las hostias en el copón, y se obedeció a la consigna al menos en grandes proporciones. No se sabe las que llegaron a partirse. Oímos decir ingenuamente a uno que tenía el índice cansado de tanto partir.

En honor de la Liturgia es de advertir que, para que no cayeran hostias iban todos los sacerdotes provistos de un purificador, como en la Comunión de los niños, con el cual cubrían el copón del todo o en parte según la necesidad del momento. Un ayudante, a veces otro sacerdote, prestaba muy buenos servicios al que llevaba el copón.

Ejemplo de la diligencia sacerdotal en impartir la Comunión lo dió muy resuelto un Cardenal (se dice el de Polonia), quien al llegar el momento tomó un copón y empezó a distribuirla, poniéndose a servirle un Arzobispo.

Quien esto suscribe, habiendo acabado tres veces las hostias, yendo en busca de quien estuviere mejor provisto para pedirle, dos de ellas fué a dar con su R. P. Provincial, uno de tantos en aquellos momentos en el ministerio de distribuir el Pan de los Angeles. Los sacerdotes que en la Avenida de Mayo lo distribuíamos, ya más de medio kilómetro distantes de la Catedral, materialmente teníamos que disputarnos las hostias para el mejor y más rápido desempeño de nuestro cometido.

Hubo allí sacerdote que habiendo ido a buscar más hostias, para llegar luego al punto conveniente, hizo uso del Subterráneo del Anglo (Metro), que va a lo largo de la Avenida; como quien dice, fué en tren rápido para llegar del sagrario o altar del comulgatorio donde tantos esperaban a Jesús Sacramentado.

A las dos y cuarto volvíamos de dar la Comunión por aquella Avenida una docena de sacerdotes, quedando otros cinco hasta las dos y media, y no podíamos entrar en la Catedral, a pesar de ir dirigidos

por jóvenes oficialmente reconocidos como auxiliares de la Policía. Ya renunciábamos a entrar por la puerta, y nos dirigíamos al Palacio Arzobispal, cuando la propia policía nos abrió un pasillo por donde entramos en la vasta Catedral, y seguimos en nuestra procesión de copones hasta el altar del Sacramento. Mas los que llegábamos tuvimos que quedarnos con nuestro copón en las manos, porque varios sacerdotes estaban atareadísimos en recoger los restos y fragmentos de hostia de una gran cantidad de copones que llenaban todo lo largo y lo ancho de la amplia mesa del altar. Y en el altar mayor de la Catedral, con exposición mayor del Santísimo, seguía la interminable Comunión, y fué siguiendo más adelante toda aquella madrugada.

¡A las 2'15!

Exclama el diario *El Pueblo*, al empezar su información sobre aquel acto. Y lo subraya con esta sorprendente ponderación, que juzgamos ser una verdad fácil de comprobar para un historiador de la vida religiosa de la Iglesia Católica. “Jamás—dice—, desde la institución de la Eucaristía, dos mil años atrás, presencióse un acontecimiento tan sublime y tan grandioso.” Lo cual quiere decir, que este acto celebrado del 11 al 12 de octubre de 1934 fué la Comunión general mayor y mejor que ha tenido lugar en todos los siglos del cristianismo.

Esto explica que *La Nación* pondere la fiesta católica por excelencia con estos y semejantes epígrafes: “*Es incalculable el número de hombres que comulgó anoche. Por espacio de dos horas más de trescientos sacerdotes suministraron la sagrada forma. Imponente fervor*” (1).

(1) Como se deja entender, aunque no se pruebe, personas timoratas iban con excesivo temor de que resultasen profanaciones sacrílegas de la excesiva generosidad con que se había de ofrecer la Eucaristía. No se sabe que acaeciese ninguna. Sólo se cuenta el siguiente hecho, que no podemos comprobar, y por esto lo referimos a título de información curiosa de lo que se rumorea. Un hombre se arrodilló ante el sacerdote con ademán de querer comulgar. El ministro de la Eucaristía le alargó la hostia queriendo y entendiendo que la depositaba en la boca del mismo. Pero la hostia, a la vista del falso comulgante, volvió al copón como llevada del viento. El que se había arrodillado se desmayó; fué asistido, y al recobrase hizo público que ya quería de veras confesarse y comulgar, pues antes había pretendido sólo apoderarse de una hostia para profanarla en una Logia.

Y el diario *La Razón*, con más escueta verdad, si cabe, escribe este rótulo: “Buenos Aires vivió una noche de Gracia”; y el suelto “Lágrimas de hombre”, que dice entre otras cosas: “Más de un hombre de rostro viril, sintió en las primeras horas de la madrugada de hoy latir más deprisa el corazón y humedecer sus párpados con una lágrima... El cuadro de esta comunión de fieles en plena Plaza de Mayo constituyó un cuadro majestuoso e imposible de olvidar. No lo olvidarán nunca—decimos nunca—los que han podido presenciarlo.”

Número de los comulgantes

En la fiesta de la Raza celebrada el día mismo de la Comunión, ante la concurrencia más selecta de la sociedad bonaerense en el teatro Colón, ante la generalidad de los Prelados y Purpurados que asistían al Congreso, presidiendo el Cardenal Legado y el Presidente de la República, el erudito escritor argentino Dr. Gustavo Martínez Zuviria, bibliotecario de la Biblioteca Nacional, en un excelente discurso, se hizo eco de la opinión más autorizada sobre ese número diciendo elocuentemente: Después de los millones de comuniones que han hecho en las últimas semanas las mujeres de Buenos Aires (1); después de la enternecedora comunión de 107.000 niños en la mañana de ayer en Palermo; después de la impresionante comunión de hombres, en la madrugada de hoy, que desbordó todas las previsiones, pues se esperaban cuarenta mil (40.000), y concurrieron doscientos mil (200.000), hemos presenciado atónitos cuadros dignos de la Iglesia primitiva...

Y con razón exclama el orador: “¡Inolvidables escenas, señores! Doscientos mil hombres que, sin respeto humano, iban a comulgar; mientras otros hombres, millares y millares, desde los balcones o las aceras los contemplaban emocionados, todos sorprendidos y muchos llenos de envidia” (2).

(1) Quien quiera que sepa contar, verá que no es exagerado este cálculo.

(2) Se confirma lo que dice el orador mencionado en el texto, porque se sabe que hubo caballeros que saliéndose silenciosos de los balcones, se apresuraron a salir a la calle para sumarse a los convertidos. Otros se paraban en las aceras esperando ver pasar un sacerdote para ejecutar un nuevo género de atraco. Se dió el caso de estar en expectativa un fornido negro hasta despertar sospechas en un joven agregado a la policía, que se puso en guardia cerca de él, y efectivamente, al pasar un sacerdote el negro se le echó encima, haciendo creer que se trataba de un atentado criminal, pero empezó en voz alta su confesión, lo que desarmó al prudente policía.

Así que se ve que cundió entre lo más selecto de la sociedad la cifra de 200.000 como muy verosímil, para expresar el número de aquel sin fin de comuniones nocturnas de hombres; y en todo caso, quedó entre los dirigentes, que el número había sido no sólo muy superior a las primeras esperanzas, sino también mucho más alto que el de las comuniones de los niños, y esto cuanto aún no habían salido del estupor que causó a todos la formidable cifra de 107.000 niños.

Pero el recuento de los hombres que comulgaron es tan evidentemente imposible, que aún después de haber tanteado cualquier cifra, por más que se haya repetido el tanteo, hay que acentuar de nuevo que aquella masa de hombres movible, y con tantas entradas y salidas que facilitaban tan inmensa concentración, era un número incontable de hombres.

Se acentúa más tal imposibilidad de hacer la cuenta de aquellas comuniones con el hecho tan repetido, que ya subrayamos con pleno conocimiento de causa, de la partición de gran número de las hostias que fueron repetidas. El mismo orador del teatro Colón, Dr. Martínez Zuviría, puso más de relieve esta multiplicación de las hostias que las pone fuera de todo cálculo, diciendo en su magistral discurso: "Y hemos visto dividir la forma en cinco, seis, ocho partes, para que pudieran comulgar ocho hombres con una sola hostia."

Estamos muy lejos de querer definir hasta qué punto se explica o no humanamente lo que vimos y palpamos aquella noche en la Plaza de Mayo y sus alrededores, pero concluimos con la más íntima convicción que en aquellas horas, que pasaron para nosotros como una exhalación, presenciamos un gran milagro de la divina gracia.

La clausura

La apoteosis de la fe en la Eucaristía

No queremos subrayar como prueba demostrativa de la sobrenatural vitalidad de la Iglesia Católica sino el acto final de la tarde (domingo, 14 octubre); pero es preciso, como forzosa introducción, anotar algo sobre la concentración de la mañana en Palermo; con el Pontifical celebrado por el Legado Pontificio y la bendición de Su Santidad.

Dejando para después en su más alta expresión en el acto final lo del concurso y fervor del público, que asistió al Pontifical, sin pre-

ocuparse gran cosa de la notable incomodidad que producían los rayos solares, hay que dejar constancia de la egregia homilía del Legado celebrante, de enternecedora unción, de savia mística, llena de Escritura y de un vigor y substancia teológica, que hacía penetrar en lo posible en las reconditeces del misterio eucarístico. ¡Que no se pierda en el olvido tan hermoso ejemplar de homilía eucarística!

La mejor alabanza a la misma, se la tributaban desde muy lejos, del otro lado de los mares. En efecto: en un comunicado hecho de Roma a *La Nación* (n. 22.696, pág. 3, col. 3), el mismo día, se lee: "Fué imponente el efecto producido por el discurso de su Eminencia el Cardenal Pacelli, cuya voz vibrante pudo ser escuchada con toda claridad. El Santo Padre hizo frecuentemente signos de aprobación con la cabeza, mientras llegaban desde Buenos Aires los sucesivos párrafos de la pieza oratoria del Legado Pontificio."

Los aplausos se transformaron en aclamaciones de ¡Viva el Papa! ¡Viva la Sagrada Eucaristía! ¡Viva Cristo Rey!, las cuales, en aquel ambiente, en aquella Misa tan fervorosamente oída, tenían todo el sabor y unción de frases litúrgicas.

Pero, ¡con qué majestuoso y absoluto silencio fué oída de aquella inmensa muchedumbre la voz clara y terminante del Soberano Pontífice otorgándole su solemne bendición! Un silencio denso, "de férvida emoción, tan perfecto, dice el periódico *La Razón*, que costaba trabajo concebirlo, teniendo en cuenta el extraordinario número de seres humanos allí reunidos. Las palabras del Padre Supremo de la grey católica se recortaron sobre él nítidamente, como si se fueran grabando en el espacio. No eran transmitidas solamente a Buenos Aires, sino a todo el mundo.

El Soberano Pontífice dió el supremo tono al Congreso, haciendo resaltar la orientación que él mismo desde que lo decretó le había impuesto al señalar en sus líneas generales los temas de sus discursos, resultando por esta orientación este Congreso una inmensa apoteosis de Cristo Rey. El Papa saludó a las muchedumbres con la proclama del triunfo del Redentor del mundo.

Christus Rex Eucharisticus vincit dico.—Christus Rex Eucharisticus regnat.—Christus Rex Eucharisticus imperat (1).

(1) El texto de la comunicación que oímos de Su Santidad, prosigue así: "Haec laetabundi et gaudentes Nobiscum animo reputantes, pios labores vestros, dilectissimi in Christo Filii, quotidie et quavis poene hora marconiana ope

Fuera de esto, el Vicario de Cristo adapta al caso la fórmula de la solemne Bendición diciendo: "Por intercesión de la bienaventurada siempre Virgen María de Luján, especial patrona de la República Argentina, del bienaventurado San Miguel Arcángel, del bienaventurado San Juan Bautista, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, de los bienaventurados mártires Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, como asimismo de todos los Santos, la bendición de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros ahora y siempre."

Los tres mártires que menciona, lo son de las famosas misiones jesuíticas del Paraguay, y acaba de elevarlos al honor de los altares el mismo Pío XI, con la expresa intención de preparar este grandioso Congreso. ¿No serán ellos los que mejor han contribuido al sobrenatural éxito del mismo? Ya el Cardenal Legado en la homilía de la inauguración del Congreso había hecho gloriosa memoria de estos tres mártires jesuítas, el primero natural de Asunción (Paraguay), y los otros dos españoles (1).

quasi praesentes, prosecuti sumus. Nunc vero glorioso conventu vestro expleto, juvat exultanter adiungere: Christus Rex Eucharisticus triumphat. Atque utinam mitissimi et amantissimi Regis nostri una cum victoria et regno et imperio (eidem necessario pertinentibus) pacificus etiam triumphus ab nobilissimis Argentinis oris ad omnes usque terrae partes, imo etiam ad omnes intelligentias omnes que voluntates tandem aliquando pertingat. Ita enim agens et ob fraterni quoque regūque sanguinis effusionem recens afflictus mundus ibi veram, firmam atque a tot malis liberam pacem inveniet, ubi unice viget et datur, pacem inquit, Christi in Regno Christi. Haec ominantes a Deoque suppliciter precantes, paternam manum super vos omnes et singulos in persona Christi extendimus, et Benedictionem Apostolicam peramanter impertimus, dicentes: Per intercesionem Beatæ Mariæ semper Virginis de Lujan singularis Patronae Reipublicae Argentinæ, Beati Michælis Archangeli, Beati Joannis Baptistæ, Beatorum Apostolorum Petri et Pauli, Beatorum Martyrum Rochi Gonzalez, Alphonsi Rodríguez et Joannis de Castillo, sed et omnium Sanctorum, Benedictio Dei Omnipotentis Patris et Filii et Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper.

(1) Hablando el Cardenal Pacelli en su hermoso discurso de las tradiciones eucarísticas del pueblo argentino, decía: "Todos hemos leído entre dulces lágrimas de emoción, las narraciones de aquellas sencillas fiestas eucarísticas, sobre todo de las fiestas del Corpus, que se celebraban en las antiguas reducciones. Todos tenemos viva la memoria de aquéllas, porque ha venido a avivarla en este mismo año la gloria de los primeros mártires de las reducciones que la Iglesia ha elevado a los altares. Parece como si el corazón del P. Roque

La concurrencia

El acto de la mañana, que culminó en la bendición del Papa en persona, recibida por los megáforos con el más emocionante fervor por la muchedumbre postrada ante la inmensa cruz, con ser en realidad de verdad una maravilla, no fué sino una preparación y ensayo para lo de la tarde, la gran procesión de Clausura. La gente congregada durante el Pontifical, según el unánime sentir de los presentes, rebasaba la cifra de un millón. Se ha calculado en 1.200.000 personas. Ciertamente fué un concurso exorbitante; pero el de la tarde, ¿quién lo podrá contar?

El programa oficial llamó a este día 14 de octubre, "Día del triunfo eucarístico mundial", y no se equivocó, ni exageró. Aquello, todo el día, fué una apoteosis espléndida de fe y de piedad; pero no podía ponerse broche más esplendente, ni más digno que la manifestación de la tarde.

Mirando a lo pasado, se puede repetir que no ha habido en toda la historia de la Iglesia de Cristo concurso tan grande en ningún acto de religión como el que hubo en esa memorable procesión del Santísimo. Ninguno de los otros Congresos había llegado a tanto; ninguna de las famosas recepciones que ha habido en el mundo ha podido igualarla. Era más internacional que todas las internacionalidades. Tomaban parte efectiva en ella cuarenta y ocho nacionalidades distintas (1).

Los grandes periódicos de Buenos Aires ofrecen hasta cierto punto los cálculos aproximados para fijar el número de los concurrentes a este homenaje a Cristo Rey; mas estos cálculos que consisten en ir

González volviera a hablar de nuevo para decirnos cómo eran las primitivas fiestas eucarísticas de la Argentina." El mismo Legado fué uno de aquellos días a la iglesia del Salvador para ver, venerar y besar este corazón de que habló, reliquia históricamente cierta del gran misionero.

(1) La cifra de nacionalidades aducida la tomamos del R. P. Boubée, secretario del Comité Internacional. *L'Osservatore Romano* (n. 240 [22.608]) ha subrayado fuertemente en un artículo intitulado "Rivelazioni", la representación nacional, y no sólo individual, con que se presentaban a este Congreso los católicos de todos los países. "En suma—dice—, en el Congreso, en las asambleas y ante el altar, en los discursos y en los sermones, en las discusiones y devotas adoraciones, no eran sólo los individuos y sus almas, eran los católicos y sus naciones, eran los ciudadanos y sus Estados." Es la prueba material, palpable y sentida de que el laicismo ha caducado, y tiene en contra de sí la conciencia de las naciones.

recorriendo calles y más calles y sectores del Parque de Palermo que encuentran repletas de nuestro público, son elementos de juicio, que no pueden reproducirse en unas notas sintéticas que sólo apuntan a expresar el significado religioso y teológico de esos magnos acontecimientos.

La concurrencia de forasteros llegados de diversas provincias de la Argentina tiene su índice elocuente en la cifra de cien mil automóviles llegados a la capital aquel día.

El movimiento de la población hacia Palermo está reflejado en el siguiente pormenor. Dos estaciones del Anglo (compañía inglesa) movilizaron en conjunto mil cuatrocientos tranvías, la una mil coches y la otra cuatrocientos, los números más altos registrados hasta la fecha en las dos estaciones. De ordinario movilizan cuatrocientos cincuenta y ciento setenta respectivamente.

El acto no consistía sólo en la materialidad de la procesión, que había sido reducida por el Comité Ejecutivo a los elementos esenciales de una procesión del Santísimo (1). El público en general tenía que tomar parte en ella fijo en sus puestos, como en las demás concentraciones que tuvieron lugar en Palermo. Pero en ésta había grandes agrupaciones que habían de ir a ocupar su ubicación ya formadas.

El desfile

A las 15 desfilaban todas las asociaciones de Hijas de María. Estas en número de 18.000, avanzaban por la calzada de la Avenida Alvear. En frase del elocuente locutor, Mons. Napal, formaban una cinta blanca que se extendía por todo el largo trayecto sin interrupción y sin alcanzarse a divisar su extremo final. Tras las Hijas de María se presentaban doscientos núcleos de damas, todas vestidas de negro.

(1) He aquí su organización oficial: Cruz y guión llevado por el Intendente Municipal, escolanías, seminaristas, religiosos, clero secular, canónigos, prelados en filas de ocho, obispos en filas de seis, arzobispos en filas de cuatro, nuncio apostólico, llevando a su derecha al arzobispo de Buenos Aires, el Cardenal Legado, conducido en carroza bajo palio con el Santísimo Sacramento. Detrás seguían los otros cuatro Cardenales asistentes al Congreso, los más altos funcionarios de la nación civiles y militares, comité permanente de los Congresos Eucarísticos internacionales, otros funcionarios públicos de alta graduación, sección nacional de hombres de la Acción Católica, y otras instituciones religiosas de caballeros y círculos de obreros, y sección nacional de la juventud.

Todos los palcos y bancadas situadas alrededor del monumento de Palermo, todas las aceras y balcones de las casas desde la iglesia del Pilar hasta el centro del parque, todo rebosaba de un gentío incalculable; la ciudad se había volcado allí. Ha habido periódico que ha dado los nombres de veinticuatro generales del ejército argentino que ocupaban diversos palcos.

A las 15'45 llegan las banderas de las múltiples colectividades extranjeras, que suben a la plataforma y se sitúan alrededor de la cruz. El incansable locutor, que sostiene la atención universal, tiene para cada una de las colectividades párrafos de bienvenida, y cada una es vitoreada por la muchedumbre.

De pronto el locutor impone silencio. Se va a leer una comunicación telegráfica que acaba de llegar de Bolivia. Piden desde la alta meseta a todos los bolivianos y paraguayos que se hallan en Palermo, que cuando pase el Santísimo Sacramento, prosternados, rueguen a Dios por la paz de los dos pueblos hermanos, que se están desangrando en los bosques del Chaco. Por todos los ángulos del inmenso espacio estalla un clamor de aprobación apoyando tan piadoso ruego.

Al arrancar la procesión ya era imposible contar siquiera fuese aproximadamente, el número de personas que ocupaban aquella vasta zona de la metrópoli como creyentes que se adherían al acto con fervor. Inútil hablar de millares. Se dijo con fiabilidad que llegaban a un millón. Al final era ya cuestión de dos millones.

Entre los cánticos oficiales del Congreso (1), que todo el mundo corea con verdadero entusiasmo religioso, avanzan los blancos estandartes de las secciones parroquiales, canta el coro de quinientas voces, "Al Amor de los amores", y Mons. Napal solicita que se despeje la calzada de la Avenida Alvear, por donde avanza la procesión.

El Cardenal Pacelli, a las 15'55 hizo su salida de la iglesia del Pilar, a más de dos kilómetros del altar de Palermo, conducido bajo palio, llevando entre sus manos el Santísimo, que va a ser conducido en triunfo colosal. La multitud estacionada en las cercanías se descubrió guardando profundo silencio, mientras los monaguillos agitaban sus incensarios. Acercóse el Legado Pontificio a la riquísima carroza-

(1) Desde muchos meses antes se divulgó un folleto, *Publicación oficial del Comité Ejecutivo*, que contenía todos esos cánticos (letra y música). Fueron muy usados en las fiestas eucarísticas preparatorias, y resonaron innumerables veces por la radio.

pallio preparada junto a la reja del templo, y depositó el Santísimo en manos del cura párroco del Pilar, ya encaramado en la carroza, la cual lo colocó en la preciosa custodia que ocupaba el centro de la carroza. Acto continuo el Legado Pontificio subió también, y se colocó en su reclinatorio, quedando profundamente recogido con las manos en la custodia, mientras algunos sacerdotes le acicalaban la capa pluvial y el rico paño de hombros.

Algunos párrocos de la capital, cubiertos con sus bordadas dalmáticas, empuñaron las palancas e imprimieron el movimiento a la carroza.

La multitud que percibía aqúel primer paso de la procesión quedó suspensa, sombrero en mano, los más próximos arrodillados, como conteniendo la respiración hasta que el locutor, con la potente voz de los altoparlantes, clamó: Llevantad los espíritus y repetid todos conmigo: "Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra"... y a una voz, que fué creciendo, como el oleaje inmenso la muchedumbre rompió con su profesión de fe voluntaria y libre, "Creo en Dios Padre Todopoderoso"...

Llegada de la procesión a la Cruz de Palermo

A las 17, la Avenida Alvear es un tremolar homogéneo y continuo de pañuelos, saludo universal y cariñoso a los que van llegando en procesión. Ya se acercan al altar los doscientos obispos que en ella forman.

Una nube de incienso descubre el punto por donde se acerca la carroza-pallio que conduce al Santísimo con el Legado del Papa. La multitud en lo que abarca la mirada está arrodillada y silenciosa cuando pasa el Señor. Todas las banderas se inclinan a su paso. Todas las cabezas, todos los cuerpos toman la misma actitud de veneración y rendimiento. Es la hora del triunfo grandioso, inmenso, del Catolicismo, de la Fe, del Amor de los amores. ¡Con qué entusiasmo se canta! ¡Con qué unción y firmeza se repite, *Dios está aquí, venid adoradores, adoremos a Cristo nuestro Rey!* (1).

(1) Puede interesar a los españoles algo que acaeció en aquellos momentos sin molestar a nadie. El locutor, Mons. Napal, buscó sin duda en su repertorio con absoluta sinceridad las frases y canto más adecuados que inspirar a su inmenso auditorio para realzar el triunfo de la fe en la Eucaristía. El resul-

La carroza-palio dió una majestuosa vuelta alrdeedor del monumento de la Cruz, para que todas las multitudes contemplasen el paso triunfal de la Eucaristía. Dura breves minutos la circunvalación. Siguen las aclamaciones y el agitar de los pañuelos blancos en número fantástico. La carroza se detiene al pie de la escalinata, que mira al Sur, de donde había venido, y un prelado desprende la Hostia Santa de la gran custodia. El Cardenal Pacelli sale de su inmovilidad contemplativa y desciende de la carroza. El palio le aguarda al pie de las gradas del monumento. Recibe en sus manos el Santísimo, y asciende al templete de cristales, en cuyo altar deposita el Sacramento.

La emisora pide silencio. Anuncia el canto del *Tedeum*, que todo el mundo sigue con fervor.

Al concluir el Cardenal la acción de gracias, los altoparlantes vuelven a resonar con la poderosa voz de Mons. Napal, que da este anuncio conmovedor: "Esta mañana la multitud oyó la palabra del representante del Sumo Pontífice que bajaba del cielo; ahora va a escuchar la palabra del primer mandatario de la nación, que sube hacia el cielo."

La ovación de la multitud fué inmensa. El Presidente de la República se acerca al micrófono de junto al altar, y pronuncia una ardiente plegaria, que pone el sello a la sin par manifestación que el Catolicismo ha celebrado en la Argentina.

La sinceridad de la fe cristiana de esta oración es la de un gran creyente, pero más que un comentario lo harán sentir unos breves párrafos de la misma.

Se dirige al "Señor del universo, Dios de las naciones", y lo adora en estos términos: "Y os adoramos porque nos levantasteis del barro de nuestra pequeñez, permitiéndonos mirar hacia Vos, prometiéndonos la felicidad eterna como corona de nuestra frágil vida, y anticipándonos la visión maravillosa de nuestro cielo, bajo el dulce patrocinio de vuestra Santa Madre." "Venimos hasta Vos en estos días en que el Sacramento de la Sagrada Eucaristía, instituído por Jesús, ha congregado aquí a tantos de vuestros hijos y a tantos de sus pastores;

tado fué que con las fórmulas de alabanza al misterio consagradas por el uso, hizo con marcada preferencia alternar el Himno Eucarístico del Congreso de Madrid (1911), anundiándolo ingenuamente por esta o semejante manera: Vamos a entonar el himno eucarístico por excelencia, "Cantemos al Amor de los amores". No es despreciar a nadie reconocer un mérito de singular inspiración.

todos, argentinos y extranjeros, residentes y peregrinos, venimos hasta Vos, Señor, para deciros, henchido el corazón de esperanza, que nos hagáis a todos y a cada uno más buenos, más nobles, más fieles y más hermanos de nuestros hermanos." "Señor de las naciones: ya que es vuestra voluntad que el hombre a quien hicisteis a vuestra imagen luche para perfeccionarse, haced que lo haga en paz con sus hermanos, en paz con su conciencia; en la serena paz del corazón que dicta la concordia"... etc., etc.

Serenada la tempestad de aplausos que estalló al terminar el Presidente su plegaria (1), ratificó todo lo hecho en el Congreso Su Eminencia el Cardenal Legado con otra breve homilía encantadora: Este Congreso Eucarístico de Buenos Aires—dijo—, es cual maravillosa catedral gótica que levanta airosa sus agujas hasta el cielo.—El brillo de estos días incomparables para la Religión, constituye el triunfo de la Iglesia...

Las últimas palabras del Legado: "*¡Viva Jesucristo, Rey de las almas!*" "*Jesucristo concede la paz al mundo*", motivaron una expulsión de entusiasmo en el inmenso auditorio.

La opinión del Cardenal Legado

Inútiles serían nuestras ponderaciones ante hechos tan elocuentes; mas como éstos son tan extraordinarios, que alguno de ellos parece entrar en la región de lo milagroso, y de una Providencia sobrenatural que encontrará muchos escépticos, conviene que añadamos dichos y hechos rigurosamente históricos, capaces de engendrar en los espíritus el estado psicológico de una completa persuasión.

Sea lo primero el testimonio de quien más comprensivamente pudo estudiar cada uno de estos grandes acontecimientos, el testimonio del Cardenal Legado. Acá y allá en este breve estudio, ya lo dejamos registrado. Pero después de la Clausura, decía el secretario de Estado de Su Santidad: "Ha sido una cosa estupenda, indescriptible, superior a cualquier expectativa, a toda imaginación. No tengo palabras bastantes para expresar el consuelo de mi espíritu por haber asistido a tan altos espectáculos de fe y de piedad, que quedarán entre los hechos más hondamente grabados en mi memoria."

(1) Es de todo punto cierto que tanto la iniciativa, como la composición, fué del Presidente de la República, general Justo.

De vuelta ya hacia Europa en el "Conte Grande", envió el mismo Cardenal una comunicación telegráfica al Arzobispo de Buenos Aires, felicitando de nuevo al "Celoso Pastor, que con incansable trabajo y apoyado por la fervorosa ayuda del clero secular y regular, y por la abnegación de innumerables seglares, ha logrado conducir su rebaño a un triunfo tan glorioso y ejemplar del Rey de la Eucaristía."

Todavía al abandonar las aguas americanas Su Eminencia, en una última despedida al Presidente de la República, hace resaltar una vez más lo que fué el Congreso de Buenos Aires, comenzando así su radiograma: "Conmovido hondamente por el vivísimo recuerdo del grandioso homenaje mundial tributado al Rey de la Eucaristía en esa amada y hospitalaria tierra argentina"...

El juicio del Arzobispo de Toledo

Aunque nada hay más grave para el caso que los testimonios repetidos del Cardenal Pacelli, escribiendo para un público español, por el colorido que da al suyo, añadiremos el de Su Excelencia el Prímado de España, Dr. D. Isidro Gomá. "La nota característica del Congreso Eucarístico de Buenos Aires—dice—, es, sin duda alguna, la grandiosidad y la intensa colaboración del pueblo, además del entusiasmo efusivo de las muchedumbres católicas. Actos como la comunión de los niños, la concentración de hombres, la comunión de los militares y este gran desfile de hoy, no se pueden reproducir en mi concepto, dadas las actuales circunstancias, en ninguna parte del mundo... Del espectáculo que hemos presenciado aquí, los que por vez primera hemos visitado la República, sacados la impresión de que la fuerza y el calor del sentimiento católico de esta tierra es como una reviviscencia de lo que España, durante los siglos de colonizadores, introdujo en las Américas."

¿Qué valen ante semejantes pruebas las invenciones de alguna que otra agencia, como las de "United Press", cuyo representante en la Argentina confesó que sus informaciones habían sido forjadas días antes de los hechos?

LUIS TEIXIDOR.